



El extraordinario fenómeno consiste en que, en determinadas condiciones catastróficas, generalmente incendios devoradores, a unas hostias –consagradas o no– les suceden cosas inverosímiles y permanecen intactas (se salvan de las llamas, se ensangrentan, se inscriben en ellas imágenes sagradas, etc.), pero sucede también con el vino, que se convierte en sangre. Naturalmente, un hecho tan extraordinario moviliza a las autoridades, a los pueblos y a las multitudes, de modo que la localidad así distinguida se convierte en lugar de peregrinación.

De algunos de estos corporales sólo ha quedado el recuerdo, pero otros son todavía expuestos a la fe de los fieles guardados en relicarios más o menos ricos y artísticos aunque, en realidad, no se trate de reliquias en el sentido estricto de la palabra. Hagamos un pequeño repaso”.

Los que más notoriedad han alcanzado son los primeros del siglo XIII, los de Daroca, custodiados y venerados en la ex colegiata y que todavía dan origen a uno de los actos religiosos católicos más sobresalientes de Aragón el día de Corpus Christi de cada año. De la misma centuria nos han quedado también los de Aniñón que precisamente vamos a ir a ver. Como a comienzos del siglo XIV la Iglesia instauró oficialmente dicha festividad, no es casualidad que la centuria viera nacer los desaparecidos de Andorra y los entonces muy célebres de Cimballa, que acabaron en el monasterio de Piedra para ser conservados con mayor seguridad.

El siglo XV incorporó los de Fraga, Aguaviva –que también nos acercaremos a visitar– y como no podían ser menos, los de Zaragoza y los monasterios de Montearagón y San Juan de la Peña. En el siglo XVII, en plena fiebre contrarreformista, no es de extrañar que todavía siga dándose este tipo de portentos y surgen los de La Vilueña, Mazaleón, Jarque de Moncayo, Paracuellos de Jiloca, Villanueva de Jalón y Purroy de la Solana.

Lo cierto es que, por noticias espigadas aquí y allá, las poblaciones reseñadas, sobre todo aquellas en las que el portento tuvo lugar entre los siglos XIII al XV, fueron focos de atracción de fieles foráneos, entre ellos, naturalmente, los romeros.



De los quince reseñados, doce apenas tienen eco hoy y, en el lado opuesto, no iremos a ver los Corporales de Daroca por ser archiconocidos y muy visitados; nos acercaremos a Aguaviva y a Aniñón, localidades en las que siguen conmemorándose pero con ecos acallados.

Gracias a la moderna televisión, los Corporales de Aguaviva, en la provincia de Teruel, se han hecho un hueco entre los aragoneses pues los habitantes del pueblo, llegado cada 28 de agosto, día de San Agustín, preparan con ímprobo esfuerzo espectaculares alfombras tejidas con serrín de colores, antiguamente hojas de chopo, para que el sacerdote portador de las Santas Reliquias no pise el suelo duro y puro.

Todo surge cuando en 1475 un voraz incendio, como es habitual, destruyó la iglesia del pueblo, salvándose un fragmento del Lignum Crucis. Sofocado casi el fuego, dejó el párroco al cuidado de la irreconocible iglesia a un chaval que no se percató de que tres hombres – la tradición cuenta que fueron los santos Pedro, Pablo y Lorenzo– rescataban, asimismo, cuatro Formas consagradas. Habían nacido los Corporales de Aguaviva.



Vayamos ahora a Aniñón (Zaragoza), situado en el casi invisible río Ribota, repleto de interesantes bienes patrimoniales hasta terminar en Bilbilis de modo que habrá que volver en otra ocasión a su cauce. Hoy nos interesa porque allí se conservan unos interesantes Corporales cobijados dignísimamente en su iglesia parroquial.

Un poco posteriores a los darocenses, se datan nada menos que en 1280. En Aniñón no basta con ver, hay que hablar de los Corporales con habitantes jóvenes, maduros y mayores. Cualquiera se prestará a hablar de ellos, de lo que significan para ellos y puede que formen parte del elenco de actores que desde algunos años escenifican el “Milagro del Santísimo Misterio” después de más de setecientos años de haberse producido.



Una bonita leyenda que recogimos en su momento narra con cierto detalle lo sucedido. “En torno al año 1300, una noche aciaga, sin saber cuál fuera la causa, el templo dedicado a Nuestra Señora del Castillo del pueblo de Aniñón, lugar situado en la comunidad de Daroca, ardió por completo. Las enormes llamas envolvieron al edificio, a pesar de los denodados esfuerzos de todos los habitantes del pueblo por salvarlo haciendo una cadena humana con cubos de agua.

Aunque durante varios días siguió saliendo humo del edificio en ruinas, afortunadamente el siniestro no produjo ninguna pérdida humana, pero era peligroso adentrarse en sus ruinas. No obstante, el sacerdote del pueblo –no pudiendo esperar por más tiempo para indagar si se había salvado algo en el interior del templo, lo cual era difícil– entró con unos feligreses, con gran riesgo para su integridad personal, pues todavía quedaban vigas de madera a medio quemar y lienzos de pared tambaleantes.

Lo que allí vieron aquellas atrevidas personas fue un portento que maravilló a todo el mundo cristiano. Había ardido todo excepto seis hostias consagradas y su hijuela que el sacerdote había guardado en el sagrario, entre unos corporales que igualmente quedaron intactos. El Sagrario, de madera, había desaparecido. A decir verdad, algunas de las sagradas formas quedaron mínimamente chamuscadas y cinco de ellas aparecían cubiertas en sangre entre los corporales igualmente empapados, mientras que la sexta y la hijuela estaban unidas y se habían convertido en una especie de levadura.

La noticia del portento –milagro le llamaron los más– corrió veloz por todo el país, y hasta Aniñón llegaron gentes de todos los puntos cardinales, convencidos los más e incrédulos algunos. Naturalmente, también la monarquía aragonesa estuvo al tanto del prodigio, por lo que no es de extrañar que, años más tarde, el rey Juan II solicitara a los habitantes de Aniñón que le dieran la hijuela con la Sagrada Forma pegada a ella. Concedido el favor por los habitantes del pueblo, Juan II depositó aquel auténtico tesoro en la catedral de Valencia, junto con el Santo Grial”.

Los Corporales de Aniñón están guardados en una dignísima capilla de la iglesia hoy parroquial. El templo en sí ya es una auténtica maravilla tanto por dentro como por fuera.

Por fuera se extasía uno viendo lo que se puede urdir y tejer con simples ladrillos artísticamente dispuestos en forma de guirnaldas. El tiempo que hoy vivimos sin prisas se convierte milagrosamente en deleite observando simplemente cada una de esas guirnaldas para ver que son todas distintas, sin repeticiones, pues ya tuvieron buen cuidado en que así fuera sus tejedores de raigambre mora.



Una vez dentro, antes de cumplir con nuestro objetivo que es adentrarnos en la capilla de los Corporales, con un poco de imaginación podemos ver a unos peregrinos llegados nada menos que de la Borgoña francesa; también hablan en voz baja unos visitantes murcianos que han llegado hasta aquí para valorar si lo que van a ver tiene parangón con su “Vera Cruz de Caravaca”; asimismo vemos a una familia darocense que se ha enterado que existen unos Corporales como los suyos y no se lo creen. Dos religiosos nada menos que armenios regresan a su país tras haber rezado ante el Arca Santa de Oviedo; a Santiago caminan dos hermanos catalanes en nombre de toda su comunidad para dar gracias al Apóstol de haberles salvado de la peste. En medio de todos ellos, nosotros llegados de Zaragoza. Estamos viendo el magnífico retablo escultórico que preside el altar mayor para detenernos inmediatamente ante el baldaquino portátil que sale en procesión por las calles de Aniñón.

Por fin nos adentramos en la amplia capilla en la que se guardan los Corporales. Aquí hay silencio absoluto a pesar de que imaginariamente hay unas veinte personas que rezan o meditan ante un retablo dorado hasta la médula, en tanto que cuatro columnas retorcidas por el follaje que las cubre enmarcan una representación de los Corporales que sostiene dos ángeles pues los auténticos están a buen recaudo a la altura del altar.

Tras escudriñar hasta el último detalle, respetuosamente, en silencio, salimos a la plazoleta de la iglesia. Acabábamos de ser testigos de una realidad que, entre otras muchas cosas, modeló a los padres de nuestros padres, algo que ven con naturalidad las gentes de Aniñón porque forma parte de sus raíces. Para nosotros puede haber sido una lección de humildad.

